

D. MANUEL JOSÉ CORTÉS.

D. MANUEL JOSÉ CORTÉS.

Á LA NATURALEZA DEL ORIENTE DE BOLIVIA.

Al rasgar con furor la mar su seno,
He visto aparecer un negro abismo
Debajo de mi planta,
Y amenazando al cielo, turbulenta
La he visto levantar en la alba espuma
El robusto bajel cual leve pluma.

El Illimani y el Illampo he visto
En nocturna tormenta,
Al rápido brillar del rayo horrendo,
Como inmensos fanales que colgara
De Dios la mano en el celeste dombo.

Mas nada iguala al cuadro que contemplo,
En éxtasis divino embellecido.
Coronado de selvas tan antiguas,
Que de la creación los siglos cuentan:
Inmensurable el llano
Á lo lejos remeda el Oceano.

En su torcido curso,
Como serpiente que los polos toca,
El caudaloso río se presenta,
Raudo, arrastrando su onda turbulenta.

¡Hermosa poesía!
No es la del hombre sin colores, fría,
Sucesiva, sin luz, sin movimiento;
Sino viva, brillante, encantadora.
Divina poesía,
Creación do admirable se nos muestra
Del poeta inmortal la fantasía.

Aquí, colinas, llanos y florestas,
En donde reina eterna primavera;
Allí, hondos valles, do en menuda lluvia
El agua cristalina se desliza
De la escarpada altura,
Por la verde y florida colgadura
Que la rosa entapiza.

Aquí la muda soledad impera;
El aura no susurra
En la selva callada y solitaria;
La canora avecilla
En las franjadas flores no se posa
De fresca pasionaria;
Del volador insecto no se escucha
El ronco y melancólico zumbido,
Ni el arrullar de la torcaz sentida.
Aquí es todo silencio y todo sombra;
Del astro rutilante
No se siente la luz pura y brillante.
Triste el cuadro retrata
Esos días sombríos en que gime
El corazón en soledad ingrata.

Allí se muestra al ojo deslumbrado
Un cuadro diferente,
Magnífico, encantado panorama,
En que su lumbré ardiente el sol derrama.
Entre juncos, adelfas y jazmines
Murmurando, desata
El limpio arroyo su raudal de plata.

El ruiseñor, el tordo y el jilguero,
En notas melodiosas,
Al aura dan su no aprendido canto.
Las pintadas y bellas mariposas,
Cual flores voladoras,
En giro irregular el aire hienden,
Sus primorosas galas
En el matiz mostrando de sus alas.

El naranjo, la ceiba, el cocotero
Su copa aérea hasta las nubes yerguen;
Enlazados de plantas trepadoras,
Y ostentando su fresca lozanía,
Á las aves ofrecen
Grato retiro en la enramada umbría.

Aquí la selva secular, ornada
De festones de varia enredadera
De bellos y vivísimos colores,
Y la extensa pradera
De fraganciosas flores alfombrada,
Forman el templo augusto que levanta
La creación á Dios, á quien ofrece
Deliciosos perfumes por incienso,
Y por ofrenda el fruto delicado
Que el estival calor ha sazonado.

Como ardiente pasión, arrebatado
El tronador torrente de la roca
Se lanza en el abismo, do fenecer
Su impetuoso furor, como perece
La ilusión que ha llegado
Del desengaño al terminar funesto.

Más lejos, corre manso el claro río,
Entre flores cruzando la espesura,
Como corre la vida sosegada
Cuando con mano pródiga el destino
La copa del placer nos da colmada.

Es bello contemplar bajo este cielo
Á la Naturaleza, en la mañana
Teñida de oro y grana.

En el Oriente ved, engrandecido,
Del sol el disco ardiente,
Cual si en estas regiones no bastara
La luz con que colora
Otros mezquinos climas, do aparece
Pálido, obscurecido.
Aquí, centro de luz hermosa y clara,
Domina en el espacio,
De rubí engalanado y de topacio.

Cuando brillante en el zenit se muestra,
Contra su rayo intenso el pajarillo
Busca la sombra grata.
Sólo el condor y el águila resisten
Al esplendor del inflamado cielo.

En la serena y deliciosa tarde,
Lento lleva su carro
Al lejano confín del Occidente,
Donde oculta su frente.

El rutilante Véspero su rayo
Sustituye á la llama
De la antorcha del día, en cuya ausencia
El orbe desfallece en el desmayo.

Dulce melancolía
Se apodera del alma; el universo
De una dicha falaz que ya no existe
Con muda voz nos habla:
Con lo pasado enlaza lo presente,
Y aun al obscuro porvenir se lanza,
Y nos promete mágica esperanza:
Su palabra postrera y elocuente,

Encaminada al hombre,
Es del Eterno Ser el santo nombre.

Teñida de carmín muestra la luna
Su refulgente esfera:
Su luz baña la sierra y la pradera.
Las estrellas del Austro resplandecen;
El mar azul del cielo
Cruza de Argoz la nube luminosa.
Mas de improviso electrizadas nubes
El éter obscurecen.

Descuélgase la lluvia estrepitosa;
Del trueno el estampido,
El rugir del jaguar, el estallido
Del árbol que desgaja
El huracán en su furioso embate,
La voz de la tormenta, en un concierto
Infernal y sublime se combinan.

Sólo el brillar fosfórico del trueno
Y la luz del relámpago interrumpen
Del cielo y de la tierra la tiniebla.
En medio de esta escena aterradora
El corazón más fuerte
Tiembla al ver el aspecto de la muerte.
El hombre.... ¿Qué es el hombre aquí, delante
De este grandioso cuadro?
En el espacio, un punto imperceptible,
En el tiempo, un instante;
Mas su razón, de Jehová presente,
Engrandece al mortal. Naturaleza,
Ella admira tu pompa, tu belleza;
Admira, mas no adora; porque sólo
Delante de su autor se postra muda,
Y en santo acatamiento le saluda.